

FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO



EL VIAJE DE LAS PALABRAS

(Una aproximación a los dos primeros americanismos
y su reflejo en los diccionarios académicos
y en los repertorios preacadémicos)

Real Academia Hispanoamericana
de Ciencias, Artes y Letras

(Cádiz, 31 de enero del 2023)

A Concha, mi amada esposa.
Te fuiste en busca de un mundo mejor
cuando todavía
no había terminado de quererte.
Siempre estarás en mi corazón
y en el de nuestros hijos.

Eso.

Excelentísima señora directora, excelentísimas e ilustrísimas señoras académicas, excelentísimos e ilustrísimos señores académicos:

Me siento honrado y conmovido por haberseme concedido el honor de ser recibido en esta sabia, noble y ya centenaria Real Academia, que me otorga su aprobación para ser escuchado por sus doctos miembros. No considero tan grandes ni valorables mis méritos como para que se me eleve a la dignidad de integrante de tan insigne institución, por lo que me esforzaré para ser merecedor de la decisión que en su día adoptó el pleno académico.

Siento que las palabras se han escondido en lo más profundo, ahogadas por un turbión de sentimientos que no las deja aflorar para mostrar su mejor soltura y manifestar la gratitud por la confianza depositada en mi modesta persona. Y ello aquí, en la milenaria ciudad de Cádiz, lugar que todos cuantos hemos nacido en su provincia llevamos muy dentro como un galardón. Porque en Cádiz, dicen los sabios, es donde duermen los sueños. Y uno de esos sueños se está haciendo realidad aquí y ahora.

Me hubiese gustado tener mayor lucidez de dicción, ser perito en palabras, diestro en el arte narratoria, forjador de sonidos para darles forma y mudarlos en voces precisas. O alquimista del lenguaje, para transmutarlo en sustancia de la expresión viva y excluir toda aserción ociosa.

Vengo aquí para aprender de todos ustedes, a quienes reconozco mucho más sabios que yo. Por ello, estaré siempre dispuesto para cuanto precise mi participación, para hacerlo de la manera más meritoria, acorde con la dignidad y el alto grado de conocimientos de los miembros de esta esclarecida asamblea, cuyo saber en ciencias, artes y letras supera mi capacidad de entendimiento y comprensión.

Veo en ustedes el reflejo de mis aspiraciones y confío en que mi modesta exposición aporte, siquiera mínimamente, algo que despierte su interés.

Voy a servirme de dos sencillos sustantivos, que después veremos, llegados hace ya más de cinco centurias desde un mundo desconocido hasta entonces. Fueron los precursores de otros muchos vocablos que se insertaron paulatinamente en el lenguaje castellano. Su aporte contribuyó a elevar nuestro léxico al alto nivel del que ahora goza, enriqueciendo las relaciones de sentidos y significados que conforman nuestro sistema de expresión. Dos palabras sin ostentaciones ni adornos abrieron las puertas de nuestra lengua a sus hermanas de América. Desde entonces, voces y expresiones que eran de allá también lo fueron de acá.

«Las palabras son sustancias de la razón y están impregnadas de una magia que nos permite leer lo pasado e inventar lo futuro. Nos hacen partícipes de los actos del entendimiento de nuestros semejantes, nos permiten crear una imagen oral de los objetos percibidos por la mente, dan forma a los conceptos y juicios sobre esto o aquello, nos otorgan el don de manifestar nuestras convicciones y creencias, arman y fundamentan nuestras opiniones, a veces nos arrastran en pos de una idea, organizan nuestros pensamientos y atesoran un poder creador que solo las divinidades poseen: el poder de dar nombre para que lo innominado tenga existencia real y efectiva. Porque lo que no tiene nombre, no existe. Tal es su fuerza».

Este texto lo escribí para el prefacio de mi libro *¡Eso no se dice!*¹ Pido perdón por la vana superficialidad de citarme a mí mismo.

Quienes conocen y dominan las palabras pertenecen a una esfera que rinde tributo al señor del entendimiento, de la inteligencia, de la razón natural, son dueños de un arma poderosa que nos provee de los medios para interpretar el mundo, para comprenderlo, para hermanarnos con él y con sus pueblos.

Tengo en singular estima a quienes conocen las palabras, a quienes son capaces de domeñarlas para crear estructuras vivas y hacernos experimentar cosas extraordinarias percep-

¹ *¡Eso no se dice!* (p. 21). Editorial Pie de Página. Madrid, 2019.

tibles en los significados del dicho, la sentencia o la parábola que evoca semejanzas para ilustrar la razón o el sentimiento.

Siempre he admirado la palabra. La palabra dicha y la palabra escrita, la palabra como metamorfosis del pensamiento, la palabra como expresión de la idea, la palabra que ilumina las cosas y las hace inteligibles, la que facilita el buen acuerdo entre las personas y sustantiva lo que se piensa o se siente.

La energía que vibra en ellas, su virtud para obrar y su capacidad para otorgar realidad a las cosas, nutren con su savia otra estructura superior que nos faculta para comunicarnos, para expresarnos, para crear entidades nuevas y transformar los espacios y los actos del entendimiento. Y así, de los veneros de las palabras brota el río del lenguaje.

Palabras y lenguaje: los resortes que han impulsado el desarrollo de las sociedades humanas, que han alumbrado las costumbres, el saber y el arte de los pueblos y han contribuido a su progreso.

Con las palabras y el lenguaje de la niñez, guiado por la torpeza de los primeros años de la puericia, escribí mi primer relato, la aventura de un intrépido piloto espacial, de nombre Clark, que se enfrenta a una fiera corrupta de horripilante apariencia que aterrorizaba a una comunidad instalada en un lejano mundo. Desconocía lo que realmente significaba *fiera corrupta*; fue la sonoridad de la expresión lo que me llevó a emplearla. Hice caso al lenguaje de las palabras, a su manera de hablar, de dirigirse a nosotros, aun cuando su sentido nos haga caer en un inocente y no buscado yerro. Cuando comencé a escribir este discurso descubrí que el adjetivo *corrupta* no entró en el registro académico hasta 1983, concretamente en el volumen II del diccionario manual, que remite a la expresión *fiera corrupta*, ya recogida en el usual de 1984, tras la acepción 4, y descrita como ‘designación de ciertas figuras animales

que se presentan en fiestas populares y son famosas por su deformidad o aspecto espantable’, definición que se mantiene en la Edición del Tricentenario.

Es evidente que yo no me inventé esa palabra, yo la sabía, la había escuchado o la había leído en alguna parte, la palabra estaba allí muchos años antes de que yo me acercara a ella a pedirle permiso para usarla. Estaba allí, como aquí están, entre nosotros, esas otras que vinieron desde tan lejos, de allende de la mar oceánica, y se emparentaron con las que aquí eran.

No hubo premonición en el relato de un niño, en absoluto, sino palabras que ya estaban en uso y que no ascendieron al registro culto hasta muchas décadas después. Así son las palabras, elementos vivos unidos de modo inseparable a la esencia de la vida, dedicadas a dotar de inmanencia a cuanto hacemos, sentimos o pensamos, elementos que trascienden la barrera del tiempo y llenan espacios que creíamos inexistentes.

Desde entonces, las palabras siempre han sido mis compañeras de viaje, unas veces en los libros; otras, en el papel de escribir. Porque las palabras siempre han sido viajeras, han traspasado fronteras y culturas, se han impregnado de otros saberes y han dejado una rodada en el camino abierto por su paso. Se sienten viajeras y aman el mestizaje, buscan el cruce con palabras de otros lugares, de otra gente, de otras culturas, de otras maneras de entender la expresión oral y la escrita, de otro modo de expresar los significados, de otra forma de manifestar los afectos y las emociones por medio del sonido, del trazo o del dibujo grabado en la corteza de un árbol, en una piedra, en una tabla de arcilla, en la lámina sacada del tallo de una planta, en un trozo de piel curtida y limpia de una res, en una hoja de papel... Las palabras hacen camino en sentido machadiano.

Viajeras y mestizas, así son, y en ese cruce dan a luz palabras nuevas nacidas de los amores con otras que vinieron de lejanas naciones y buscaron el calor de las que hallaron aquí. Ese ayuntamiento ha sido muy fecundo.

Todas las palabras de todas las lenguas del mundo aman el mestizaje; cualquier lenguaje de cualquier lugar de la tierra se enriquece con las palabras mestizas. Pero con el tiempo, víctimas de las guerras, los desastres naturales, las enfermedades, la presión económica, la destrucción de sus hábitats y la perniciosa acción de los regímenes políticos excluyentes de las minorías, han desaparecido muchas lenguas y otras están gravemente amenazadas. Con ellas se han marchado para siempre miles de palabras, y cada palabra muerta es un trozo de saber que se borra de la memoria de los pueblos. Cada vez que muere una lengua muere también una cultura y una manera de entender el pensamiento, la forma de vida, los conocimientos y las relaciones de un grupo humano. Cuidemos a las que perviven.²

Llegados a este punto permítanme que les lea un relato. No es muy largo, puede que les parezca falta de viveza, y hasta insulso, pero va a servir para nuestro fin.

«Se levantó con hambre. Fue a la cocina y puso agua a calentar. Mientras esperaba a que hirviese cogió un plato y un tazón de uno de los armarios y los dejó sobre el **hule** de la mesa. Luego fue hasta el viejo aparador de **caoba** y sacó un cuchillo de uno de los cajones del mueble. Cortó dos generosas rebanadas de una telera de pan moreno y las colocó en la rejilla del horno para tostarlas.

»Cuando el agua comenzó a hervir echó dentro una bolsita de té negro y esperó hasta que la infusión adquirió una tonalidad oscura. Hacía tiempo que había dejado de tomar café.

² En su obra *La andadura del español por el mundo* (p. 140), el filólogo Humberto López Morales escribe que actualmente en Hispanoamérica hay 271 lenguas indígenas vivas, si bien con distintos grados de mantenimiento.

»Sacó el pan del horno y colocó las rebanadas en el plato. Las roció con aceite de oliva y las salpicó con un poco de sal. Era su desayuno habitual, aunque a veces se permitía algún pequeño lujo, como disfrutar de un par de magdalenas caseras después del pan con aceite. Su mujer era una excelente cocinera.

»Se sentó dispuesto a deleitarse con el desayuno. Mientras lo hacía encendió un pequeño aparato de radio para escuchar las noticias de la mañana. Un meteorólogo hablaba de la posibilidad de que el **huracán Barry** se convirtiese en tormenta tropical al tocar tierra en la costa sur de Luisiana, en los Estados Unidos.

»Apagó la radio, recogió todo lo que había usado y lo colocó en el lavavajillas.

»Salió al jardín y se dejó caer en una añosa mecedora que fue de su madre. La había restaurado y le tenía un apego especial. Encendió un **cigarro** y aspiró el humo. Era el único que se permitía en todo el día. «Tengo que dejarlo», se dijo una vez más.

»Cuando se jubiló acordó con su esposa alejarse del bullicio de la capital. Compraron una pequeña parcela en las afueras del pueblo en que él nació, cerca del mar que tanto añoró siempre. Su mujer solicitó el traslado de centro y cuando se lo concedieron se mudaron. Ella continuó dando clases en el instituto local; él se dedicó por entero a escribir. Todas las mañanas, antes de salir para el centro escolar, su esposa le dejaba una nota con las cosas que había que hacer en la casa. Era su manera de repartirse el trabajo.

»Miró hacia el fondo y observó que la chumbera que asomaba tras la tapia estaba cada vez más crecida. Las espinosas hojas crasas de las **tunas** amenazaban con invadir el terreno de la parcela. Debía hacer algo para evitarlo, quizá podar la penca y dejarla a menor altura, pero se acercaba el verano y los chumbos empezaban a tomar cuerpo. Haría la poda después del estío.

»Por el interior, la base de la tapia era un largo arriate en el que crecían **petunias**, rosales, gladiolos, azucenas, narcisos y pensamientos. Al ponerse el sol, las flores de una dama de noche se abrían e inundaban el jardín y los alrededores con un agradable aroma. Una frondosa buganvilla coloreaba una de las paredes de la casa.

»Entre el limonero y el laurel pendía la **hamaca** en la que solía tumbarse al atardecer. Algunas noches, cuando hacía buen tiempo, se tapaba para evitar el relente y se adormecía mientras miraba el oscuro cielo y contaba las estrellas. Decía que la bóveda celeste estaba llena de historias. Algunas de ellas tenían un hueco en su obra narrativa, como la de aquel joven enamorado que tras su muerte en una guerra absurda anduvo vagando por el cosmos a lomos de un cometa en busca de su joven esposa, a la que encontró convertida en una estrella. Una bonita novela cargada de fantasía sobre el amor, la estupidez humana y la inabarcable inmensidad del universo. Le valió una buena crítica.

»Esa tarde no iba a poder tumbarse en la hamaca. Se había comprometido a presentar la novela de un amigo en la **carpa** montada por el Ayuntamiento con motivo de la feria local del libro. Una buena iniciativa que cumplía tres años y en la que él era uno de los escritores invitados. Su amigo era un buen narrador, dotado de una habilidad especial para la intriga. *El misterio del tanga carmesí*, ese era el título, una novela negra que nada tenía en común con el uso de esa pieza de baño y sí con el estilo narrativo del polímata francés Boris Vian, el de los más de treinta heterónimos, y el mundo fantástico de Horacio Wheeler.

»Muy cerca del lugar ocupado por la carpa hubo en su día un viejo cine de invierno que antes fue teatro. Su entarimado escenario sirvió en tiempos no solo para representaciones dramáticas, sino que también acogió otros espectáculos, ya que, entre

una y otra representación de las compañías teatrales de la provincia y la comarca, las más de ellas nutridas de animosos aficionados, servía de improvisado salón para concursos de baile, festivales de copla o lucimiento de algún humorista de mediana nombradía.

»Cada semana se estrenaba una nueva película, aunque *estrenar* quizá no fuese el verbo más adecuado. En el patio de **butacas**, anclado sobre un piso de tierra, se sentaban los más adinerados; la chiquillería y quienes no pertenecían al grupo de los pudientes ocupaban las gradas de viejos cuartones de madera del gallinero.

»Recordó sonriente el eslogan promocional que, rotulado a mano sobre papel, coronaba una hilera de fotografías de secuencias del filme fijadas a un armazón de madera que servía de cartelera: «Grandes estrenos americanos».

»Le gustaban las películas de aventuras, sobre todo las de selva, y muy particularmente las de Tarzán, el personaje creado por Edgar Rice Burroughs que tantas veces interpretó el inolvidable Johnny Weissmüller, tal vez el mejor de los actores que encarnaron la figura del aristócrata inglés criado por los monos, capaz de correr a gran velocidad por la dilatada **sabana** seguido por la simpática Chita, pasar junto al león que dormitaba sombreado por la copa plana de una acacia solitaria y dar caza a unos desaprensivos cazadores furtivos. Tarzán, el que se lanzaba desde una frágil **canoa** para luchar con los temibles **caimanes** que infestaban los ríos; de volar entre el espeso ramaje de la jungla de **bejuco** en bejuco para reunirse con su amada Jane, el que se enfrentaba a feroces **caníbales** y vencía al **cacique** de la tribu en una lucha a muerte y después, generosamente, le perdonaba la vida al reyezuelo. Tarzán y su inconfundible grito, al que acudían todos los animales de la selva.

»Aquel local tenía algo muy especial.

»Era amante del cine y sentía una morbosa inclinación por las películas de terror y suspense. Entre las obras de este género había una que en su día llenó de miedo las salas de proyección (y a los bañistas que se aventuraban más allá de la orilla de la playa): *Tiburón*. La había visto varias veces, no por las cualidades técnicas ni por la interpretación, ni siquiera por el excelente guion o la magnífica e inquietante banda sonora, sino porque sentía verdadera fascinación por los grandes escualos. La razón estaba en su tiempo de juventud. Tendría quince o dieciséis años. Mientras se bañaba en la playa de una de las barriadas del pueblo, vio acercarse una enorme aleta dorsal que rasgaba el agua de manera tan perfecta que ni una sola onda se formaba a su alrededor. Dio el grito de «¡Un **tiburón!**» y se lanzó hacia la orilla como alma que lleva el diablo. En menos de un nanosegundo el agua quedó desierta; todo el mundo estaba fuera. Algunos, en un insólito alarde de valentía, se metían hasta los tobillos, no más, y le lanzaban piedras, más bien piedrecitas porque la playa era arenosa. El escualo, un marrajo de más de tres metros, pasó lo suficientemente cerca de la orilla como para poder distinguir su inconfundible hocico cónico y puntiagudo y el oscuro dorso azulado. Enfiló mar adentro y se perdió en las aguas oscuras de la bahía. Nadie volvió a bañarse ese día... ni en muchos otros. Tardó algún tiempo en vencer el temor al mar que lo poseyó aquella mañana de verano. La imagen de la aleta cortando el agua no la olvidó nunca.

»Leyó la nota que su mujer le había dejado escrita con **tiza** de color en una pequeña pizarra colocada junto al frigorífico: «No te olvides de hacer los deberes».

»Recordó el día de su boda. Se había hecho a medida un impecable traje de chaqueta azul marino de tela de **alpaca**. Ella lucía un precioso vestido de estilo ibiceneco, una sencilla diadema de margaritas blancas en el pelo y una biznaga en la mano.

Moda *adlib* la llamaban. *Adlib*, un adjetivo erróneamente anglicado por buena parte de los hablantes; en realidad se trata de un acortamiento de la locución latina *ad libitum* ('a gusto, a voluntad'). Sonrió.

»Los *deberes* de ese día no eran otros que preparar la presentación del libro de su amigo y, sobre todo, dejar lista la comida. Cocinaría algo fresco. Pensó que una buena piriñaca sería una excelente idea. Tenía todo lo necesario —**tomates**, pimientos, cebolla...— que él mismo cultivaba en un pequeño huerto. Eso le evitaría tener que acercarse al pueblo a comprar.

»Sacó de la alacena un bote con un apetitoso atún de almadraba en aceite de oliva. Lo añadiría a la piriñaca para darle más consistencia y hacer así un plato único..., aunque también podía preparar una **barbacoa** y acompañarla de unas **papas** asadas al fuego, abiertas por la mitad y enriquecidas con una capa de un buen queso azul a medio fundir. «No —se dijo—, demasiado humo y demasiado trabajo».

»Cogió una tableta de **chocolate** y salió de nuevo al jardín. Cortó una onza, se la introdujo en la boca y comenzó a saborearla. Era de un **cacao** negro muy amargo, como le gustaba. Se recostó en la mecedora con el libro, un pequeño cuaderno y un bolígrafo para hacer unas catas de texto que le sirviesen en la presentación. Encendió de nuevo la radio. La voz inconfundible de un famoso y popular intérprete de copla se esparció por el aire:

La Virgen del Rocío,

como es tan alta,

se le ve por abajo

la **enagua** blanca.

Y por arriba, y por arriba

se le ven los collares

de perlas finas.

»Una vez, de eso ya hacía tiempo, estuvo en la aldea de Almonte, pero nunca había acudido a la romería del Rocío. Algún año, con su mujer, se lanzaría a compartir el bullicio de tan popular celebración.

»Añoraba el talante viajero de sus años mozos. Más de una vez había llenado con lo imprescindible una vieja mochila y, sin pensárselo dos veces, se había lanzado a recorrer mundo. Ahora ya no estaba en condiciones de hacerlo, aunque no por falta de ganas. El testigo había pasado a sus hijos. Uno era arqueólogo; el otro, piragüista olímpico. Ambos andaban siempre de la ceca a la meca. El mayor, de excavación en excavación; el otro, con la **piragua** a cuestas de una a otra competición deportiva.

»Miró el reloj; casi la una de la tarde. Se levantó y pasó a la cocina. Abrió el frigorífico y cogió una lata de cerveza. Su mujer no tardaría en llegar; era hora de empezar a preparar la comida.»

Se preguntarán ustedes a propósito de qué viene la narración precedente, cuál es el conector discursivo y qué relaciones textuales establece entre los distintos fragmentos de esta exposición. Quiero examinar algunas palabras que forman parte de nuestros respectivos idiolectos y de las que, en buena medida, desconocemos su procedencia. Para ello me serviré del acontecer de nuestro anónimo personaje, en cuyo hilo narrativo se insertan algunas de esas voces de las que pretendemos conocer su filiación etimológica. Para documentar el origen nos apoyaremos en la Edición del Tricentenario del *Diccionario de la lengua española (DLE)* y, sobre todo, en el *Breve diccionario etimológico*

de Joan Coromines.³ No buscamos una información *in extenso* sobre las raíces, lo que excedería la finalidad de esta exposición, sino solo indicar lo más sustancial de la ascendencia de las palabras objeto de examen, que seguro que nos va a deparar algunas sorpresas.

1. **Hule.** Corominas la data en dos fechas. Una en 1532, con el significado de ‘caucho, goma’ y la considera derivada del náhuatl *ulli*; otra, en 1734 como ‘tela impermeabilizada con un barniz de óleo, que se emplea para cubrir mesas’. A esta segunda acepción la considera de origen incierto, probablemente del francés *toile huilée*. El náhuatl (‘que suena bien’) es una lengua yutoazteca, grupo de lenguas originarias del sudoeste de los Estados Unidos y de México que actualmente se habla en varias zonas de este segundo país. Fue la lengua del Imperio azteca.
2. **Caoba.** Datada en 1535. Procede del taíno de Santo Domingo *kaoban*. Según el *DLE*, el taíno era la lengua ‘de un pueblo amerindio del gran grupo lingüístico arahuaco que estaba establecido en La Española⁴ y también en Cuba y Puerto Rico cuando se produjo el descubrimiento de América’. Los arahuacos habitaban las Antillas y extensos territorios de Sudamérica. El taíno era el más importante de sus dialectos.
3. **Huracán.** Datado entre 1510-1515. Es voz del taíno antillano *hurakán*.
4. **Cigarro.** Datado en 1610. Aunque el origen de este sustantivo es controvertido, todo parece indicar que procede del maya *siyar*, y así lo fija el Diccionario académico. El filólogo Joan Coromines considera que tal vez derive de *cigarra* por comparación con el cuerpo de este insecto. El maya es la lengua de un pueblo amerindio que pobló una amplia zona que comprendía toda el área sur de México. Actualmente los mayas siguen habitando parte de Guatemala y la península de Yucatán.

³ COROMINES, Joan: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial GREDOS. Barcelona, 2018.

⁴ En la actualidad la forman Haití y la República Dominicana.

5. **Tuna.** Datada en 1526. Es voz procedente del taíno haitiano, aunque la planta es originaria de México, donde recibe el nombre de *nopal*.
6. **Petunia.** Datado en 1600, el nombre está tomado del tupí *petyn*. De ahí pasó al francés antiguo *petun* ‘tabaco’ y de aquí, al latín científico *Petunia*, primer componente designativo del género en la nomenclatura del taxón botánico. El tupí, y también el guaraní, pertenecía a un grupo de lenguas amerindias habladas en Brasil y Paraguay. El pueblo guaraní, nombre que deriva de *abá guariní* ‘hombre de guerra’, se extendió desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. La lengua guaraní se sigue hablando en Paraguay, algunas zonas de Bolivia y en la provincia argentina de Corrientes.
7. **Hamaca.** Datada en 1519. Procede del taíno de Santo Domingo.
8. **Carpa.** Corominas considera esta voz como un americanismo que, con el significado de ‘tienda de campaña’, ‘toldo’, se data hacia 1870. No obstante, le atribuye un origen incierto, pues considera que no es seguro que el quechua *carppa* ‘toldo’, datado en 1560, sea anterior o posterior a la voz castellana. El Diccionario académico lo considera procedente del quechua *karpa*. El quechua era la lengua que se hablaba en el Imperio incaico. El nombre podría proceder de alguna de las tribus del Perú que habitaban la zona del Cuzco.
9. **Tanga.** El *Diccionario de la lengua española* la considera voz tupí. Hasta 1985, la referencia a *tanga* era la de un juego llamado *chito* registrado con las marcas *Pal.*, *Seg.* y *Vallad.*⁵ Con el significado de ‘prenda de tamaño reducido que puede sustituir al calzón de baño’, esta voz entró en el *Diccionario* en 1989. La edición del usual de 1992 la define como ‘bañador de dimensiones muy reducidas’. La del Tricentenario la registra como ‘prenda de vestir que por delante cubre la zona genital y por detrás deja

⁵ Palencia, Segovia y Valladolid.

las nalgas al aire’. Posiblemente llegó a través del portugués, aunque no por ello deja de ser un americanismo, muy popular, perfectamente lexicalizado.

10. **Butaca.** Datada en 1843. Deriva del cumanagoto *putaca* ‘asiento’, El cumanagoto es un dialecto caribe de Venezuela que se hablaba en la antigua provincia de Cumaná (Nueva Andalucía). Se sigue hablando en Venezuela, en la zona norte del estado de Anzoátegui. Los caribes poblaron parte de las Antillas y amplias zonas de América del Sur.
11. **Sabana.** Datada en 1515. Es voz caribe, del taíno de Haití. Antiguamente se encuentra siempre escrita y pronunciada *çavána*. Como ‘llanura sin árboles’ se fecha en el siglo XVIII. El *DLE* la define como ‘llanura, en especial si es muy dilatada y no tiene vegetación alguna’.
12. **Canoa.** Documentada en 1492. Del taíno *kanoa*. Coromines la hace proceder del arahuaco de las Lucayas, un archipiélago situado al norte de las Antillas.
13. **Caimán.** El *DLE* lo hace derivar del taíno *kaimán*. Coromines, que la documenta en 1530, le atribuye un origen incierto, probablemente del caribe *acayuman*.
14. **Bejuco.** Documentada en 1526 como ‘liana’, se le atribuye un origen caribe, probablemente del taíno de Santo Domingo.
15. **Caníbal.** Este adjetivo procede de *caríbal*, y este, a su vez, de *caribe*, que se refiere a la lengua y al pueblo que dominó las Antillas. El 23 de noviembre de 1492, el *Diario de a bordo* de Colón registra lo siguiente: «(...) y otros que se llamaban caníbales, a quienes mostraban tener gran miedo. Y desde que vieron que lleva este camino, dice que no podían hablar, porque los comían y que son gente muy armada».
16. **Cacique.** Es voz de origen caribe que designa a los reyezuelos indios, y con este significado se documenta en 1492 en el taíno de Santo Domingo.

17. **Tiburón.** El origen de este sustantivo, documentado en español en 1519, es incierto. Según Coromines pudo llegar a nuestra lengua a través del portugués *tubarão*, probablemente tomado del tupí *iperú* o *uperú*, con unión de una *t-*, que en la lengua tupí tiene valor de artículo, para dar *tiperú* o *tuperú*. La voz *tiburón*⁶ ha encajado genéticamente en nuestra lengua desde su génesis tupí, como ha ocurrido con otras palabras, como *petunia*, ya citada.
18. **Alpaca.** Documentada en 1778 con este nombre como ‘variedad doméstica de la vicuña’, procede del aimara *all-paka*. En el aimara y el quechua de Bolivia *pako* significa ‘alpaca’. Antes, hacia 1554, se documenta como *paco*, procedente del quechua *p’aqo*. Probablemente es la misma palabra y designa el color rojizo de esos animales. La lengua aimara la hablan los habitantes de la región del lago Titicaca.
19. **Tomate.** Documentado en 1532. Procede del náhuatl *tómatl*.
20. **Barbacoa.** Documentado en 1518 con el sentido de armazones y andamios de usos varios, es término que procede de una lengua aborígen de la zona del Caribe, probablemente del taíno *barbacoa*. El *Diccionario de americanismos* lo cita con las marcas *Mx, Gu, Ve, Pe, Bo.*⁷ y la define como ‘conjunto de palos de madera verde puestos sobre un hoyo en la tierra, a manera de parrilla para asar carne’. Con la acepción de ‘parrilla que se emplea para asar carne’ en Méjico y El Salvador, Coromines lo hace proceder del angloamericano *barbecue* ‘lugar donde se asa carne’.
21. **Papa.** Documentada hacia 1540. En aimara se denomina *ch’uqi*; en mapuche, *poñü*. El pueblo mapuche habitaba el centro y sur de Chile. A nosotros nos llega desde el quechua *papa*. De la hibridación de *papa* con el antillano (tal vez taíno) *batata* (‘tu-

⁶ Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), en su *Historia general y natural de las Indias*, cita *tiburón* veinte veces en singular (alguna como topónimo) y veinticuatro en plural. [Captura: 03/08/2019. Disponible en <http://www.biblioteca-antologica.org/es/wp-content/uploads/2018/03/FERN%3%81NDEZ-DE-OVIEDO-Historia-general-y-natural-I.pdf>].

⁷ México, Guatemala, Venezuela, Perú, Bolivia.

bérculo dulce comestible’, documentado en 1519) resulta *patata* (documentada en 1606). *Patata* es, pues, un acrónimo formado por la primera sílaba de *papa* y las dos últimas de *batata*. Hay estudios que afirman que este popular tubérculo se comenzó a cultivar en el altiplano andino y en zonas aledañas al lago Titicaca hace miles de años. Los españoles la introdujeron en Europa en el siglo XVI. Actualmente es uno de los alimentos más importantes de la humanidad.

22. **Chocolate.** Documentado hacia 1580. Es un término de origen náhuatl, pero de formación discutida. El *Diccionario de americanismos* lo hace proceder del náhuatl *xocoatl*, de *xoco* ‘ácido’ y *atl* ‘agua’, la misma etimología que registra el *DLE*, pero con el significado de ‘amargo’ para *xoco* en lugar de ‘ácido’. Coromines también le adjudica origen azteca, pero considera que tal vez provenga de *pocho-cacaua-atl* (‘bebida de ceiba⁸ [póchotl] y cacao’), ya que se preparaba con semillas de estos árboles. Supone que pudo ser abreviado por los españoles como *chocauatl*, aunque esto es una hipótesis no documentada en ningún texto.
23. **Cacao.** Documentado en 1535. Procede del náhuatl *cacáhua*, que según Coromines es la forma radical de *cacáhuatl*.
24. **Enagua.** Se documenta hacia 1580. Del taíno *naguas*, que alude a una especie de falda que las mujeres indias llevaban hasta las rodillas. Con el añadido de la *e-* pasa a *enagua*. Es más usada la forma plural, *enaguas*.
25. **Piragua.** Voz del caribe *piragua*.

⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo (*vid.* nota 6) cita varias veces este árbol, del que dice que «son los mayores árboles, por la mayor parte, que todos los destas Indias». Más adelante escribe que «se llama en la provincia de Nicaragua *poxot*», denominación muy semejante a la que le adjudica Coromines.

Todas estas palabras forman parte de nuestro entorno más inmediato, pero son de origen americano. Podríamos haber añadido algunas más. Por ejemplo, es probable que alguna vez hayamos guardado unos puros en la *petaca* [del náhuatl *petlacalli*], o que en la suela del zapato se nos haya pegado un *chicle* [del azteca *tzitcli*], o que al ir a sentarnos en el cine se nos hayan caído las palomitas de *maíz* [del taíno haitiano *mahís*], incluso que en un momento de enfado hayamos liado el *petate* [del nahua *ptlatl*] y, sin encomendarnos ni a Dios ni al diablo, nos hayamos largado.

Hay un término que se hizo tristemente conocido hace unos años. ¿Quién no recuerda el desastre medioambiental que produjo el buque petrolero *Prestige* en noviembre del 2002? El vertido de más de 50 000 toneladas de fuel cubrió con un manto negro y viscoso las costas de Galicia, Cantabria, Asturias y el País Vasco. Y también las de Portugal y Francia. En aquellos días se popularizó el sustantivo *chapapote*. Fue creencia general, y en buena medida lo sigue siendo, que este sustantivo era propio de Galicia y Cantabria, donde se emplea para designar el alquitrán. Pero su origen está a miles de kilómetros de las costas norteñas, porque *chapapote*, que en México se denomina *chapopote*, deriva del nahua *chapopotli*⁹ —así lo cita fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España*¹⁰— y previsiblemente llegó a nosotros procedente de la voz caribe *chapapote*, como recoge el diccionario académico.

Hay una cierta humildad en estas palabras, que conviven con nosotros desde hace siglos y en cuyo ADN etimológico no siempre reparamos. Tal vez se haga necesaria una política cultural que fomente el conocimiento a fondo de nuestra lengua y la impulse como un bien de Estado.

⁹ «El betón, que es como pez, que se usa en esta tierra se llama chapopotli» Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590). *Historia general de las cosas de Nueva España* (pp. 285 y 374). Linkgua Ediciones. Barcelona, 2009. [Captura: 07/08/2019. Disponible en <https://epdf.pub/historia-general-de-las-cosas-de-la-nueva-espaa-ii.html>].

¹⁰ El virreinato de Nueva España abarcaba un amplio territorio de América del Norte, que incluía al actual México y América Central.

Estas palabras son palabras mestizas, americanismos perfectamente encajados en la estructura de nuestro sistema lingüístico. Son voces tan nuestras como las derivadas del latín, del griego, del árabe, del inglés o de cualquier otra lengua. Fue preciso que cruzaran el Atlántico para que pudiésemos disfrutar de su sonoridad, de sus significados, de la vieja historia que encierran, porque son mensajeras de los pueblos que las engendraron. Son palabras viajeras, vinieron desde América para quedarse con sus hermanas castellanas y enriquecer nuestro léxico. Palabras sencillas, calladas, en cuya génesis está la huella de los pueblos que habitaron los dilatados territorios de un mundo nuevo que se mostró en la madrugada de un 12 de octubre de hace más de cinco siglos.

Todo comenzó el 3 de agosto de 1492. Tres naves zarparon desde la barra de Saltés, en Palos de la Frontera (Huelva), para ir a buscar las Indias y la tierra de la que hablaba Marco Polo. Al frente de la expedición iba Cristóbal Colón, que capitaneaba la nao *Santa María*, propiedad del cartógrafo Juan de la Cosa. Lo acompañaban Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, y Vicente Yáñez Pinzón, de la *Niña*. Las naves, además de la correspondiente tripulación, pertrechos, alimentos e instrumentos de navegación, contaban con la ayuda de expertos intérpretes, los llamados *lenguas*, maestros en latín, griego, árabe, arameo e incluso tártaro. Sus conocimientos no les sirvieron.

En la madrugada del 12 de octubre de 1492, hombres y barcos llegaron a la costa de una tierra que suponían que eran las Indias. Buscaban Cipango y Catai y el reino de las especias, pero lo que encontraron fue un mundo que bien pudo ser considerado trasunto del paraíso edénico. Era la isla de Guanahani, a la que bautizaron con el nombre de San Salvador.¹¹

Las carabelas, empujadas por el viento y las mareas, llegaron a tierras americanas con hombres que hablaban una lengua hija de la fusión de muchas otras que la nutrieron durante

¹¹ No se conoce una localización precisa de Guanahani, aunque todo indica que se trata de una isla del archipiélago de las Antillas, probablemente de las Bahamas o Lucayas.

siglos, una lengua que se iba modelando poco a poco. El viejo *hispaniolis* provenzal, el recio castellano de las postrimerías del siglo XV, iba a encontrarse con modulaciones extrañas, distintas, con sonoridades que obligó a usar las manos como medio de traducción, porque ninguno de los *lenguas*, con su dilatada experiencia, alcanzaba a comprender el significado de las palabras nacidas junto al mar, entre la espesura de las selvas o en las alturas donde señorea el gran cóndor. El habla de Castilla iba a tener la oportunidad de comenzar a saciar su sed de aprendizaje en aquella isla a la que arribaron el 12 de octubre, «la más hermosa que sus ojos hayan visto», como escribió Colón en su *Diario de a bordo*.

El encuentro con el nuevo mundo supuso un choque cultural, sociológico y económico de un enorme e incalculable alcance, de una magnitud tal que afectó a todo el orbe.

Con el tiempo, los términos de origen americano y su fusión con la lengua castellana se fueron afianzando. Las cartas a los reyes de España, los documentos de la Secretaría Real, la información contenida en las cédulas reales, en las instrucciones, las ordenanzas, las reales provisiones, las pragmáticas, las memorias, etc., engrosaron los archivos españoles. Las crónicas del propio Colón, de Bartolomé de las Casas, de Hernando de Colón, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de fray Bernardino de Sahagún, de Bernal Díaz del Castillo, de Fernando de Alva, de Pedro Cieza de León, de Felipe Guamán Poma de Ayala o del jerezano Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, entre otros cronistas, fueron vehículos de penetración de americanismos que con el tiempo pasaron a las obras de autores como Cervantes, Lope de Vega, Inca Garcilaso, Tirso de Molina, Calderón o Quevedo, unos como elementos léxicos autóctonos y otros como adaptaciones a la lengua castellana que algunos autores manejaron como palabras auténticamente españolas.¹²

¹² En la obra de Cervantes, por ejemplo, aparecen sustantivos como *cacao*, *caimán*, *bejuco* y *huracán*, entre otros. Vid. López Morales, *op. cit.*, pp. 85-106.

Las lenguas aborígenes eran muy variadas y se extendían por zonas muy diversas de todo el territorio americano. No todas tenían igual grado de implantación, por lo que su influencia no era la misma en todos los casos. Esa rica multiplicidad de sistemas lingüísticos fue determinante en la formación y propagación de un conjunto más estructurado, constituido por elementos de las distintas manifestaciones habladas. El castellano era una lengua alóctona para los pobladores de América, y precisamente del encuentro entre culturas tan desemejantes surgió el mestizaje. Ese proceso de mezcla entre las lenguas autóctonas y el castellano fue el germen de un componente panhispánico gracias al cual hoy en día podemos viajar desde México, en América del Norte, hasta la ciudad más meridional del mundo, Usuhuaia, en la Patagonia argentina, y hacerlo hablando una misma lengua en la que solo el diez por ciento del léxico es variado. Esto hace del español un vehículo de comunicación con el que se expresan más de quinientos millones de personas en todo el mundo. El español, el castellano, es la segunda lengua más hablada, después del chino mandarín, pero no perdamos de vista que el noventa por ciento de los hispanohablantes son americanos. Nuestra aportación se reduce a un modesto diez por ciento.

El Diccionario de americanismos de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) y la Real Academia Española (RAE), busca reunir en un único repertorio léxico todas las palabras propias del español de América. La edición del 2010 incluye unas 70 000 voces, frases y locuciones y 120 000 acepciones.

En una consulta elevada a la Real Academia Española, la Docta Casa tuvo la gentileza de proporcionarme la información que sigue, fechada el 18 de septiembre del 2019:

1. 93 482 artículos registrados en el *DLE* en línea, Edición del Tricentenario.
2. 12 509 artículos con alguna marca americana.
3. 18 748 acepciones con marca americana.

Como puede comprobarse, el número de artículos y acepciones vinculadas geolingüísticamente a Hispanoamérica y recogidas en el diccionario común de los hispanohablantes asciende a **31 257**, una cifra ciertamente importante (33,44 %).

Todo esto empezó con las primeras palabras que viajaron desde la otra orilla del Atlántico hasta las costas españolas. De entre ellas, dos, a las que hemos aludido sin mencionarlas, tienen el merecido honor de ser las primeras que se incorporaron al léxico común: *cano* y *hamaca*.

No es mi intención hacer tedioso el discurso ni luenga la reflexión, pero antes de adentrarnos en analizar cómo se reflejaron estos dos sustantivos de origen taíno en los registros académicos, hagamos un pequeño ejercicio de rastreo.

El jueves 11 de octubre de 1492, Cristóbal Colón anotaba lo siguiente en el *Diario de a bordo*:¹³ «A las **dos horas después de media noche**¹⁴ pareció la tierra de la cual estarían a dos leguas. Amañaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande sin bone-tas, y pusiéronse a la corda¹⁵, temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani. Luego vinieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada (...)».

Fue el primer encuentro, como se dice en el diario colombino, «a las dos horas después de media noche», es decir, el día 12.¹⁶ A partir de ese preciso instante ya nada fue igual. La correspondencia que se estableció entre aquellos dos mundos tan distintos fue recíproca,

¹³ Bartolomé de las Casas (c. 1484-1556): *Relación del primer viaje de D. Cristóbal Colón para el descubrimiento de las Indias*. [Captura: 05/05/2019. Disponible en https://es.wikisource.org/wiki/Diario_de_a_bordo_del_primer_viaje_de_Crist%C3%B3bal_Col%C3%B3n]. La versión del llamado *Diario de a bordo* atribuido a Bartolomé de las Casas es la fuente más aceptada por la mayoría de historiadores y especialistas en los viajes colombinos.

¹⁴ El resalte tipográfico es mío.

¹⁵ «Estar a la corda» es una locución marinera que significa ‘capear’, es decir, ‘disponer las velas de modo que la embarcación ande poco’.

¹⁶ Resulta curioso que el *Diario* no registra nada el viernes 12 de octubre, considerado tradicionalmente como el día del descubrimiento. Pasa del jueves 11 al sábado 13. Ello se debe a que el avistamiento se produjo en la transición de la noche del 11 a la madrugada del 12, «a las dos horas después de media noche», es decir, ya en el día 12.

porque, aunque no puede negarse la semejanza, la propia abundancia de cosas diferentes los hizo sentirse mutuamente necesarios. Las divergencias fueron precisamente el nexo que abrió la vía para el entendimiento. Se hicieron precisas las palabras por una y otra parte, fue menester dotar de sentido a los gestos, a las señales y a los sonidos para poder sustantivar los conceptos, para nominar las cosas y darles significados que permitieran representarlas con la magia de un lenguaje que deviniera común. Y así fue cómo, con la paciencia propia que distingue a las obras bien hechas, esos significados se fueron materializando en palabras que hicieron posibles que el viejo castellano se embelleciera con la lozanía de unas lenguas que tenían la fuerza de la naturaleza en que nacieron.

Aimara, arahuaco, tupí, tarasco, taíno, chibcha, cuna, guaimí, guaraní, yunga, lenca, maya, mochica, garífuna, náhuatl, quechua, caribe, mapuche, quiché, pano... Lenguas de pueblos que ya estaban allí, en aquellas tierras, cuando los dioses comenzaron su declive para dar paso al imperio de los humanos. Lenguas que brotaron de una tierra virgen, y virgen se ofrecieron a aquellos insólitos seres de aspecto tan ajeno que llegaron a bordo de unas sorprendentes criaturas que flotaban sobre la mar. Lenguas de palabras inexploradas, envueltas en un halo de misterio porque tal vez pertenecieron a las lenguas del paraíso. Dos de ellas, quizá las más traviesas, se colaron como niños en nuestro vocabulario. Recorrieron miles de millas marinas desde el lugar de su cuna a bordo de aquellos extraños objetos flotadores; en ellos llegaron hasta los reinos de Castilla. Esas dos palabras, *canoa* y *hamaca*, encontraron reflejo en el *Diario de a bordo* del almirante Cristóbal Colón. Dos palabras, seis sílabas, once letras significaron el principio del cambio de nuestra lengua; el descubrimiento de la madrugada del 12 de octubre fue el principio de un cambio para la humanidad.

El viernes 26 de octubre Colón anotó: «Dijeron los indios que llevaba que había de ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas».

El domingo 28 del mismo mes cita tres veces las canoas. Los apuntes sobre este medio de transporte se repiten en el texto del diario hasta en cuarenta y siete ocasiones. La última corresponde al miércoles 16 de enero de 1493, el día en que Colón emprendió el regreso a España a bordo de la *Niña*.

De este modo, *canoa* se convirtió en la primera palabra autóctona que el almirante asentó en el cuaderno de a bordo. López Morales indica que también es «la primera y única palabra de origen indígena que Antonio de Nebrija recoge en su justamente famoso *Diccionario* (sin marca alguna de voz americana) posiblemente publicado en torno a 1495 (...)».¹⁷

En el *Diario* colombino es continuo el binomio *almadía-canoa*, términos que Colón consideraba prácticamente sinónimos aun cuando se trataba de dos embarcaciones diferentes. *Canoa* acabó imponiéndose a *almadía*.

La segunda palabra que buscó acomodo —y lo encontró— en el castellano fue *hamaca*. El sábado 3 de noviembre, el *Diario* registra lo siguiente: «Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a rescatar cosas de algodón hilado y redes en que dormían, que son hamacas».

Con anterioridad, el miércoles 17 de octubre Colón proporciona una descripción muy somera de las hamacas, aunque sin llegar a nombrarlas: «(...) me dijeron cómo habían estado en sus casas y que eran de adentro muy barridas y limpias, y sus *camas* y paramentos de cosas que son como redes de algodón (...)».

¹⁷ *Op. cit.*, nota 9, p. 59.

El *Diario* no es el único soporte escrito en que se da referencia de tan singular embarcación, la canoa. Lo hace en la carta que le escribió a Luis de Santángel, el escribano de ración de los Reyes Católicos, persona muy influyente por ser la encargada de facilitar dinero a los monarcas para sus distintas empresas. Les prestó a los reyes la parte que le correspondía a la Corona en la financiación de la empresa.

En el escrito que dirigió a Santángel, que Colón fecha «en la carabela, sobre las islas de Canaria, a XV de febrero año mil CCCCLXXXIII»,¹⁸ *canoa* aparece tres veces.

Sin embargo, de *hamaca* no se hace mención.

En el *Diario*, además de *canoa* y *hamaca*, aparecen otros indigenismos, como *cacique*, que es citado trece veces: la primera, el lunes 17 de diciembre, y la última, el miércoles 2 de enero de 1493; *caníbal*, que aparece en tres ocasiones: el viernes 23 de noviembre y dos veces lunes 17 de diciembre; *bohío* proporciona trece resultados: el primero, el domingo 4 de noviembre y el último, el domingo 6 de enero de 1493; *tiburón* también tiene su lugar, con una aparición el viernes 25 de enero de 1493.

Estos y algunos otros constituyen la nómina de primeros términos americanos incluidos en el *Diario* colombino y en la carta a Luis de Santángel, aunque todos ellos en fechas anteriores a las citas de *canoa* y *hamaca*, lo que convierte a estos dos indigenismos, sin equivalentes léxicos en la lengua castellana, en los primeros que entraron sin la menor reserva en nuestro idioma. Con el tiempo lo harían muchos más, que acabarían por asentarse en nuestro lenguaje. Poco a poco, la lengua castellana ha ido adquiriendo un carácter universal que la ha convertido en un referente cultural no solo para quienes nos expresamos en español, sino para una comunidad de hablantes que encuentran en ella un atractivo que otras estructuras lingüísticas no le proporcionan.

¹⁸ «15 de febrero año 1493».

El informe 2021 del Instituto Cervantes sobre el español en el mundo no deja lugar a dudas:¹⁹

— En 2021, casi 493 millones de personas tienen el español como lengua materna. El grupo de usuarios potenciales de español en el mundo supera los 591 millones, esto es, el 7,5 % de la población mundial.

— El grupo de usuarios potenciales de español en el mundo supera los 591 millones (el 7,5 % de la población mundial).

—El español es la segunda lengua materna del mundo por número de hablantes, tras el chino mandarín, y la tercera en un cómputo global de hablantes (dominio nativo + competencia limitada + estudiantes de español), después del inglés y del chino mandarín.

—En el 2060, Estados Unidos será el segundo país hispanohablante del mundo, después de México. El 27,5 % de la población estadounidense será de origen hispano. Más de 24 millones de alumnos estudian español como lengua extranjera en 2021. En concreto, 24.069.206.

El 16 de enero de 1493 la expedición emprendió el regreso a España. Salió desde el golfo de las Flechas, en La Española, la actual República Dominicana.

Solo volvieron dos naves, la *Niña* y la *Pinta*. La tercera, la *Santa María*, la mayor de las tres, que fue nao capitana durante el viaje de ida, encalló en la costa norte del actual Haití. Ocurrió el 25 de diciembre de 1492. Dado el estado en que quedó la embarcación, se aprovechó su madera para edificar el llamado Fuerte de Navidad, primer asentamiento que se estableció en tierras americanas.

¹⁹ Instituto Cervantes: «El español: una lengua viva. Informe 2021». Informe elaborado por David Fernández Vítors, dirigido y coordinado por la Dirección Académica del Instituto Cervantes. [Captura: 08/08/2022. Disponible en https://cvc.cervantes.es/lengua/espanol_lengua_viva/pdf/espanol_lengua_viva_2021.pdf.

Colón viajaba en la *Niña*. Al mando de la *Pinta* iba Martín Alonso Pinzón. Llevaban pocos días de navegación cuando un temporal separó las naves, que tomaron rumbos distintos.

El 4 de marzo de 1493 una gran tormenta obligó a la *Niña* a atracar en el puerto de Lisboa. Unos días más tarde, el 15 del mismo mes, lo hizo en el puerto andaluz de Palos, de donde había partido el 3 de agosto del año anterior. El primer viaje había concluido. Desde que las carabelas salieron de la barra de Saltés habían transcurrido 228 días. Al término de estos, Colón trajo consigo la noticia del descubrimiento de un nuevo continente... y algunas de las palabras que aprendió en aquellas tierras de ultramar.

Sigamos ahora el rastro de *canoa* y *hamaca* en los diccionarios preacadémicos, esto es, en los repertorios desarrollados en los siglos XV, XVI y XVII, generalmente lexicones bilingües, y también en los diccionarios académicos elaborados a partir de la aparición del *Diccionario de autoridades*, editado por la Real Academia Española entre 1726 y 1729. Consta de seis tomos e incluye 69 410 entradas. Su aparición representó un avance en el método lexicográfico, que a partir de entonces fue más sólido y ajustado.

En nuestro seguimiento no buscaremos una asociación por valores conceptuales o ideológicos con el castellano, sino tan solo conocer el registro histórico y su evolución en las distintas ediciones de los diccionarios.

Para llevar a cabo el seguimiento me he servido de una poderosa herramienta: la plataforma de recursos de la RAE, y muy concretamente del *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española (NTLLE)*, un «diccionario de diccionarios que contiene todo el léxico de la lengua española desde el siglo XV», como lo define la propia Academia en su página institucional. Y, por supuesto, de la Edición del Tricentenario del diccionario académico.

EL INDIGENISMO CANOA EN LOS REPERTORIOS PREACADÉMICOS (1495-1721)

La primera documentación la encontramos en 1495, en el repertorio de Antonio de Nebrija, que define *canoa* como ‘nave de un madero’, y añade *monoxylum*, expresión latina que alude a que está hecha de una sola pieza de madera. Esta misma definición, sin referencia alguna al origen americano del término, se repite en su diccionario de 1516.

Definiciones similares se encuentran en los diccionarios de fray Pedro de Alcalá (1505) y Cristóbal de las Casas (1570), pero en 1591 aparece el *Dictionarie in Spanish, English and Latine* de Richard Percival, que define *canoa* como ‘*the boats of the Indians, Cymba apud indos*’.

La referencia a que se trata de una embarcación propia de los indios se encuentra también en los repertorios de Juan Palet (1604),²⁰ César Oudin (1607),²¹ Girolamo Vittori (1609),²² Lorenzo Franciosini (1620)²³ y Francisco Sobrino (1705),²⁴ entre otros.

En 1611, Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, se extiende en la definición, en la que incluye una posible etimología náhuatl del término: «CANOA, es un varco hecho ordinariamente de una pieza como artesa de que usan los Indios, y ellos llaman a estas varquillas en su lengua Atcales, que vale tanto como casas de agua, porque en algunas partes viven en ellas dentro de las lagunas, por asegurarse de enemigos, y de fieras de la tierra. Es nombre compuesto de Atl, que vale agua, y calli, casa, y todo junto casas de agua. Esto es en lengua Mexicana: mas porque las tales varquillas las llaman en Santo Domingo, donde primero estuvieron los Españoles Canoas, las llamaron a todas deste nom-

²⁰ Canoa, *Bateau des Indiens*.

²¹ Canoa, *nasselle ou petit basteau fait d'une seule piece de bois caué, comme les Indiens en ont*.

²² Canóa, *nasselle ou petit basteau fait d'une seule piece de bois caué, comme les Indiens en ont, una nauetta canatta, & fatta di un pezzo di legno, alla costuma de Indiani*.

²³ Canòà. *vna nauicella fatta d`vn pezzo, à vso de gli Indiani*.

²⁴ Canoa, f. barco hecho del tronco de un árbol, del qual se sirven los Indios para navegar. *Canot, bousseau fait d'un tronc d'arbre, dont se servent les Indiens pour naviger*.

bre. Los nuestros afirman aver en solo Mexico mas de cinquenta mil dellas, con que portean gentes, y traen bastimentos».

EL INDIGENISMO CANOA EN LOS DICCIONARIOS ACADÉMICOS (1729-2014)

El *Diccionario de autoridades* señala la linde a partir de la cual los trabajos lexicográficos adquieren una firmeza y solidez que se irá transmitiendo y perfeccionando en cada una de las sucesivas ediciones de los diccionarios académicos hasta llegar a la actual Edición del Tricentenario, obra aparecida en octubre del 2014²⁵ y de la que existe versión en línea.

En lo que sigue nos hemos limitado a consultar la entrada *canoa* tan solo en los repertorios estrictamente académicos, obviando la información, rica sin duda, que recogen los históricos de Salvá (1846), Terreros y Pando (1876), Núñez de Taboada (1825), Domínguez (1853), Castro y Rossi (1852), Gaspar Roy (1853), Elías Zerolo (1895), Toro y Gómez (1901), Pagés (1904), Alemany y Bolufer (1917) y Rodríguez Navas (1918).

En el tomo II del *Diccionario de autoridades*, publicado en 1729, encontramos la siguiente definición: «CANOA. s. f. Embarcacion que hacen los Indios: la qual regularmente es de una pieza, y por esto siempre pequèña. Suelen darseles otros vários nombres según los párges; pero este es el mas general, que le dieron los Españóles, por ser el primero que hallaron en la Isla de Santo Domingo. Lat. *Linter, quem canoam vocant*».²⁶ Añade unas referencias a autores y a algunas de sus obras.²⁷

²⁵ Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed. Madrid: Espasa, 2014. [Versión 23.2 en línea: <https://dle.rae.es>.].

²⁶ Barca, llamada canoa.

²⁷ «Inca Garcilaso, *Historia de la Florida*, libro 6, cap. 2. *Canoa* en lengua de los Indios de la Isla Española, y de toda su Comarca, es lo mismo que barco ó Caravelón. Solís, *Historia de Nueva España*, libro 1, cap. 6: Eran las *Canoas* unas embarcaciones, que formaban de los troncos de sus árboles..... y los havia capaces de quince o veinte hombres».

El usual de 1780 la registra como ‘embarcacion de remos de que usan los Indios hecha ordinariamente de una pieza en figura de artesa, sin quilla, proa, ni popa. *Cymba*’.²⁸ Esta definición se repite en las ediciones de 1783, 1803, 1817, 1822, 1832, 1837 y 1843.

El de 1852 añade una acepción nueva: ‘|| DE CANOA (SOMBRERO). fam. El de teja que usan los clérigos’. El 1869 incorpora otra más a las antedichas: ‘Bote muy ligero que llevan algunos buques, generalmente para uso del capitán ó comandante’, añadido que se recoge también en el de 1884, que incorpora por primera vez que *canoa* es ‘voz caribe’.

Las referencias a la etimología se van alternando en las ediciones sucesivas. Los diccionarios de 1899 y 1914 la incluyen, además de las nuevas acepciones que aparecieron en 1852 (‘sombbrero de teja’) y 1869 (‘bote para uso del capitán de un buque’).

El diccionario de 1925 presenta variantes respecto a los contenidos anteriores, pues además de los tres significados de *canoa* incluidos en las ediciones precedentes [embarcación de remo, bote para uso del capitán, sombrero de canoa], añade, con sus correspondientes marcas, siete más, que reproduzco porque van a determinar la pauta para ediciones sucesivas: «CANOA. (...) || **4** *Amér.* Canal de madera u otra materia para conducir el agua. || **5.** *Chile.* Vaina grande y ancha de los coquitos de la palmera.²⁹ || **6.** *C. Rica y Chile.* Canal del tejado que generalmente es de cinc. || **7.** *Chile.* Especie de artesa o cajón de forma oblonga, en que se echa de comer a los animales, en especial a los cerdos. || **8.** *Colomb., C. Rica y Méj.* Cajón oblongo hecho de una pieza, en que suelen poner miel o leche. Sirve también para dar de comer a los animales. || **9.** *C. Rica y Hond.* Pesebre o cajón en que comen las bestias. || **10.** *Cuba.* Cualquier especie de canal gruesa de madera enteriza, cerrada por sus extremos».

Además de que desaparece la referencia al origen caribe de *canoa*, que reaparece más tarde, aporta significados que se van a ir repitiendo en los repertorios subsiguientes: canal de

²⁸ Barca, esquife.

²⁹ Fruto de una especie de palma, del tamaño de una ciruela.

madera para el agua; vaina de los coquitos de la palmera; canal del tejado; artesa para que coman los cerdos; cajón para poner miel o leche o comida para animales; pesebre para que coman las bestias, y canal gruesa de madera.

Las metamorfosis en los contenidos de los lemas puede decirse que comenzaron con el usual de 1852 y la acepción que alude a *canoa* como sombrero de uso clerical. Se pasa de la primitiva definición a representaciones lingüísticas de carácter más amplio. Es el comienzo de la incorporación de los indigenismos a la lengua general.

El manual de 1927, además de repetir la entrada de 1925, incluye una novedad: el dibujo de una canoa de motor y de una canoa esquimal.

Se observa cómo paulatinamente va desapareciendo la alusión al uso de la canoa por los indios y, en cambio, se extiende a otros elementos alejados de lo que en principio se definió como *canoa*, término que encontró un espacio adecuado en el lenguaje castellano en sustitución de *almadía* o *balsa*, que podrían ser los referentes más cercanos, pero que no cumplían con los aspectos esenciales que concurrían en el concepto de canoa antillana. Las acepciones giran, fundamentalmente, en torno a la idea de pesebre, canal y comida para los animales.

La correspondiente entrada del histórico de 1936, que la señala de nuevo como voz caribe, añade a las distintas acepciones una interesante nómina de autores (Hernando del Pulgar, Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Ordóñez de Cevallos, Lope de Vega, Bretón de los Herreros, Cervantes de Salazar, Rufino José Cuervo, etc.), con menciones a obras suyas en las que se cita el sustantivo *canoa*. Y una curiosidad: en la de Fernández de Oviedo se ha deslizado una errata. Dice «(...) y hacen de la popa proa y de la proa **poa** (,,)»³⁰ en lugar de ‘de la proa popa’.

³⁰ El resalte tipográfico es mío.

Las ediciones de 1936, 1939, 1947 y 1950 siguen la misma pauta en cuanto a las definiciones. Esta última reproduce la ilustración incluida en el manual de 1927.

En 1956 aparece una vez más el origen caribe de *canoa* y la hace derivar de *canaua*. Además, elimina las acepciones 8, 9 y 10, que tampoco aparecen en 1970.

El manual de 1984 añade la fotografía de dos remeros en una canoa deportiva y una nueva acepción: ‘En lenguaje de la droga, *porro*’.

La pauta de la definición de *canoa* es la misma para los repertorios de 1984 y 1989, pero la edición de 1992 concreta que el origen de *canoa* es el taíno.

Y así llegamos al año 2014, fecha de aparición de la Edición del Tricentenario, que registra la entrada *canoa* como sigue:

canoa

De or. taíno.

1. f. Embarcación de remo muy estrecha, ordinariamente de una pieza, sin quilla y sin diferencia de forma entre proa y popa.
2. f. Bote muy ligero que llevaban algunos buques, generalmente para uso del capitán o comandante.
3. f. sombrero de canoa.
4. f. *Chile, C. Rica, Cuba, Méx., Nic., Perú y R. Dom.* Canal de madera u otra materia para conducir el agua.
5. f. *Chile, Col., Cuba, Hond. y Nic.* Especie de artesa o cajón de forma oblonga que sirve para dar de comer a los animales y para otros usos.
6. f. *Chile y C. Rica.* Canal del tejado, que generalmente es de cinc.

7. f. *Chile*. Especie de cubierta de plástico que sirve para cubrir los tubos fluorescentes.

8. f. *Chile*. Vaina grande y ancha de los coquitos de la palmera.

Hay tres variaciones respecto a los anteriores registros: 1) Unifica las marcas para definiciones similares. 2) Cambia la marca *Méj.* por *Méx.*, con la equis arcaica. 3) Añade una nueva acepción con la marca *Chile*: ‘Especie de cubierta de plástico que sirve para cubrir los tubos fluorescentes.’

EL INDIGENISMO HAMACA EN LOS REPERTORIOS PREACADÉMICOS (1591-1721)

El siguiente indigenismo que entra en nuestra lengua es *hamaca*. Las definiciones que incluyen los diccionarios preacadémicos (Percival, 1591³¹; Palet, 1604³²; Oudin, 1607³³; Vitorri, 1609³⁴; Covarrubias, 1611; Minsheu, 1617³⁵; Franciosini, 1620³⁶; Henríquez, 1679³⁷; Sobrino, 1705³⁸; Stevens, 1706³⁹ y Bluteau, 1721⁴⁰) giran en torno al concepto de cama suspendida, con algunas aclaraciones, breves, en cuanto al uso.

³¹ Hamacas, *hanging beds* [‘camas colgantes’].

³² Hamaca, *un lit pendant en l’air* [‘cama colgante en el aire’].

³³ Hamaca, *un lit pendant, comme il y en a au pays de Bresil et quasi semblable aux lits des nauires qui sont pendus aux cotez en forme de ratelier contre une miraille* [‘una cama colgante, como hay en Brasil y casi parecida a las cama de los navíos que cuelgan juntas en forma de pesebre contra una pared’].

³⁴ Hamaca, *un lit pendant, comme il y en a au pays de Bresil et quasi semblable aux lits des nauires qui sont pendus aux cotez en forme de ratelier contre une miraille. / Uno leto pendente, come usano nel Bresil, che é, come i lette delle navi, che sono attaccati dalle bande, come rastelli scaffe da peltri contra una muraglia*. [‘una cama colgante, como hay en Brasil y casi parecida a las camas de los navíos que cuelgan juntas en forma de pesebre contra una pared’].

³⁵ Hamáca. L. *Lectus pensilis* [‘cama colgante’]. Le atribuye la etimología hebrea que cita Covarrubias.

³⁶ Hamaca. *Un letto pendente, ó attaccato á due alberi, que é in uso appresso á gl’Indiani* [‘una cama colgante, o atada a dos árboles, usada por los indios’].

³⁷ Hamaca, *lectus suspensus* [‘cama suspendida’]

³⁸ Hamáca. *Lit pendant* [‘cama colgante’]. Añade un texto en francés que es una especie de resumen de todo lo anterior.

³⁹ Hamáca, *a Hammock, to hang up to lie in, us’d in the Indies, and aboard Ships. The Name indian*.

⁴⁰ Hamaca. *Cama-pensil, como a dos Gentios da América. Rede*. [‘Cama colgante, como la de la gente de América. Red’].

Sebastián de Covarrubias (1611)⁴¹ se extiende algo más y escribe: «HAMACA, cama de Indios, y es una gran manta de algodón, o de tela de ervage, con unos gruesos cordeles de las quatro esquinas: los quales atan a dos arboles, o en dos argollas, y duermen en ellas en el campo, o donde les parece. Con esto están seguros de las malas sabandijas, y frescos. Y tambien se embuelven en ellas, y quedan cerrados como en un capullo, y no les ofenden los mosquitos que son por aquellas tierras, mucho mas fastidiosos que en estas. Puede ser el nombre Hebreo *hhamak*, *vertere*, *covertere*, etc., porque se buelven y revuelven en ellas».

EL INDIGENISMO *HAMACA* EN LOS DICCIONARIOS ACADÉMICOS (1926-2014)

Partimos, como en el caso de *canoa*, del *Diccionario de autoridades*, sin tener en cuenta los repertorios de Terreros y Pando (1787), Núñez de Taboada (1825), Salvá (1846), Domínguez (1853), Gaspar y Roig (1855), Zerolo (1895), Toro y Gómez (1901), Pagés (1914), Alemany y Bolufer (1917) y Rodríguez Navas (1918), lexicones históricos de gran interés e importancia, pero que se apartan de la finalidad de esta disertación, que busca el reflejo de los dos primeros indigenismos en los registros de edición estrictamente académica y en los preacadémicos.

El *Diccionario de autoridades* refleja dos escrituras para *hamaca*. El primer tomo, publicado en 1726, contiene 11 316 entradas, entre ellas *amaca*, sin hache (*h*), y dice: «AMACA. s. f. Lo mismo que Hamáca, que es como se debe escribir. Vease. Lat. *Lectus pendulus ex funibus*».⁴²

En 1770 apareció una segunda edición, en el que la entrada *amaca*, sin hache, remitía a *hamaca*, con hache. Dicha edición únicamente incluía las letras A y B, por lo que no comprendía la referencia a la segunda.

⁴¹ *Op. cit.*

⁴² Cama colgante de cuerda.

La entrada *amaca* (sin hache) del usual de 1780 remite a *hamaca*, que define como ‘Cama suspendida en el ayre de que suelen servirse los Indios, y aun muchos de los Europeos que pasa á aquellas regiones. Es ordinariamente de pita, ó de junco fuerte y flexible, y forma una especie de red clara de ocho, ó nueve pies de largo y de cinco, ó seis de ancho: de los dos extremos mas largos de ella sale una gran multitud de cordelillos de la misma materia, que tienen tres quartas de largo, poco mas, ó menos, y vienen á unirse y á parar en una especie de sortija gruesa y ancha hecha del mismo junco, ó pita que hay en cada cabo de la HAMACA, por la qual pasa una cuerda fuerte y sirve para suspender en el ayre la misma HAMACA, sea con dos clavos, ó escarpas, en las paredes de un quarto, ó bien de un árbol á otro quando se viaja y se hace noche en el campo. Hay igualmente HAMACAS de cotonada, ó de algodón, y las hay tambien muy adornadas, de que suelen servirse como por una especie de luxo las mujeres acomodadas para mecerse y tomar el fresco en sus casas, no ménos que para andar por las calles suspendidas en un palo largo que pasan por los dos anillos que llevan dos Indios, ó esclavos sobre sus hombros. *Pensilis lectus* [‘cama colgante’].

El mismo tratamiento encontramos en las ediciones de 1783 y 1791. En la de 1803 se simplifica la definición y desaparece la alusión al transporte por esclavos o indios, que se sustituye por «dos hombres».

Este mismo registro aparece en las ediciones de 1817, 1822, 1832, 1837, 1843, 1852 y 1869. Hay, además, un hecho significativo: en ninguna de las entradas anteriores, incluida la de 1726 del *Diccionario de autoridades*, se hace mención al origen de la palabra *hamaca*, situación que cambia en el usual de 1884, que repite la definición, pero antes aclara que el término procede «del caribe *hamac*, árbol de cuya corteza salen los filamentos con que se hacen». En 1899 se mantiene que es voz caribe, aunque la étimo la hace derivar de *amaca* ‘pita’.

En 1914 se sigue la misma línea, pero introduce una nueva etimología para *hamaca*, que hace provenir del neerlandés *hangmat* ‘cama suspendida’. En el repertorio de 1925 se considera que es voz haitiana. El de 1927 aporta una definición breve de contenido parecido a las anteriores, sin alusión al origen, pero incluye el dibujo de una hamaca colgada entre dos árboles. La misma definición y dibujo se repiten en 1950.

En 1936, 1939, 1947, 1956 y 1970 se repite la definición de 1925. El suplemento de 1970 añade *mecedora* con las marcas *Argent.* y *Urug.*, acepción que aparece también en el usual de 1984. El tomo III del manual de ese mismo año se ilustra con el dibujo de un par de hamacas y añade un significado más: «Armadura, generalmente en forma de tijera, que sostiene una lona o plástico que forma el respaldo y asiento».

En 1992 aparece de nuevo la referencia al origen caribe de la voz, que se considera procedente del taíno. Las definiciones son similares a las anteriores.

Y así llegamos al final de nuestra búsqueda de referencias para los que, sin la menor duda, son los dos primeros indigenismos de que tenemos noticia, *canoa* y *hamaca*, los que viajaron a bordo de la *Niña* entre las páginas del diario del almirante de la Mar Océana, los que atravesaron el Atlántico para buscar acomodo en nuestra lengua. Las dos primeras palabras viajeras, las dos primeras palabras americanas mestizas con que se enriqueció nuestro léxico.

En octubre del 2014 apareció la vigesimotercera edición del *Diccionario de la lengua española*, editado con la colaboración de todas las Academias, que trabajaron con el inconcu-so propósito de elaborar un diccionario que sirviese por igual a los hablantes de España y de los países hispanoamericanos y que recogiese todo el léxico general de la lengua, el español, que nos hermana.

Es la llamada Edición del Tricentenario, que se concibió para conmemorar un hito importante: la fundación en 1713 de la Real Academia Española, la RAE. Trescientos años de historia al servicio de este idioma que es nuestro y de Hispanoamérica.

Bien estará cerrar este capítulo con una mirada a la entrada *hamaca* a la luz del registro incluido en la edición conmemorativa:

hamaca

Del taíno *hamaca*.

1. f. Red alargada, gruesa y poco tupida, por lo común de pita, lona u otro tejido resistente, la cual, asegurada por las extremidades en dos árboles u otros soportes, queda pendiente en el aire y sirve de cama y columpio, o bien se usa como medio de transporte conducida por dos personas.

2. f. Asiento consistente en una armadura graduable, generalmente de tijera, en la que se sujeta una tela que forma el asiento y el respaldo.

3. f. Arg. mecedora.

4. f. Arg., C. Rica, Cuba y Ur. columpio.

Más de quinientos años de historia de un vocablo sintetizados en nueve líneas.

Hemos hecho este recorrido rodeados de palabras que con el tiempo han quedado despojadas de todo exotismo para ser unas más en la lengua común. Palabras nacidas en las cumbres y en los valles, en el altiplano y en la llanura, en las márgenes de los grandes ríos y en las orillas de los profundos lagos, en las islas y en las penínsulas, en los pueblos de tierra adentro y en las espesas selvas nubladas, en los bosques de grandes árboles como catedrales de la naturaleza y en las praderas, junto al mar y en las fronteras de los desiertos, palabras hijas de la

sabiduría y la plenitud de muchos pueblos, palabras que son reflejo de ideas y sentimientos, palabras que les hablaron a los dioses, palabras que aprendieron a volar con las grandes aves, palabras vírgenes como virgen era la naturaleza feraz y generosa en las que vieron la luz, palabras que brotaron del vientre de la madre Tierra regada por las gotas de lluvia de un cielo inmenso que techó durante milenios a los pueblos amerindios. Palabras que acrecieron el conocimiento. Palabras que nominaron cuanto era en un mundo tan viejo como el tiempo, pero que de pronto se hizo nuevo. Palabras entreveradas de matices. Palabras que nos enseñaron a hablar con otros sonidos. Palabras que viven con nosotros. Palabras nacidas al amparo de una luz nítida. Palabras que germinaron donde abundan los sonidos claros. Palabras mestizas. Palabras viajeras.

Palabras para las ciencias. Palabras para las artes. Palabras para las letras.

Muchas gracias.